



LA SORPRESA



(EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL).

Paso á paso, volviendo continuamente la cabeza hácia la blanca casita, cansadas de tanto jugar en el reducido jardin con la tosca grava de sus paseos y las comunes flores de los *massifs* dos niñas han tomado el verde sendero que conduce al bosque. Van silenciosas, cogidas de la mano, inquietas y sonrientes, bordeando las altas paredes de boj y espinos que limitan el camino.

Sombrio y solitario, se ve próximo el tupido bosque, con sus silvestres florecillas cubriendo el suelo, y los numerosos pajarillos cantando entre las ramas.

Las niñas avanzan tímidamente, su corazón late con violencia. ¡Es la primera *picardía* que intentan, y no reúnen diez años entre ambas!

Con dos rubios querubines de guedejas de oro, lindas, robustas y sanas. ¡Pobrecillas! Hace ocho días que se las priva de salir de casa, por temor de que las alcance la siniestra guerra que arde en el país; hace ocho días que se contentan con mirar tristemente desde la ventana los soleados campos, mustios y desiertos.

Viven solas con su madre y sus ancianos abuelos. Hace unos meses que todos los muchachos del contorno han acudido á engrosar las filas carlistas, y que mujeres, niños y viejos huyeron, abandonando sus casas, temerosos de las represalias. Y, sin embargo, los habitantes de la casita á que nos referimos, aún no han visto un voluntario de D. Carlos, ni un soldado de la nación.

Ignórase allí dónde están unos y otros, no se sabe fijamente nada y aquel pequeño rincón de la alta Guipúzcoa, es como un oasis pacífico respetado por la casualidad.

Infelices ancianos, mísera madre, también ellos sufrían la pena de ver alejado del hogar al hijo querido, al esposo, amante padre de los dos serafines. Francisco era sargento en las valientes columnas de miqueletes y sus proezas se contaban por días.

Rumores de próximos encuentros, de próximas batallas, que quizá se verificarían en el sitio mismo que acabamos de describir, corrían sin fundamento alguno de boca en boca, en las inmediaciones, entre las personas que atemorizadas vagaban de un lado para otro sin casa ni hogar.

La madre, siempre previsora, había dado á sus hijas la orden severa de no alejarse del jardín, ya que era perjudicial para su salud tenerlas encerradas en casa, y á fin de amedrentarlas, las había dicho: hijas mías, la guerra va á caer sobre nosotras.

¡Criaturitas para ellas la guerra significaba no ver parecer más á José Miguel, el guarda-bosque que las llevaba *arre-caballo* y que se fue á las filas carlistas; no ver á *Pachi* que las metía en su carro de bueyes y las conducía un cuarto de legua, y que también se marchó. Hé aquí lo que para ellas significaba esa palabra terrible.

Aquella mañana, el aire tibio y perfumado que soplaba de hácia el bosque, incitando sus instintos de libertad, y favorecidas por el descuido de dejar abierta la puerta del jardín que franquearon callandito, dirigiáanse al campo.

Ya en el lindero de la espesa arboleda se detienen un instante interrogándose mutuamente con los ojos sobre el pecadillo que están cometiendo y dirigiendo miradas furtivas á la casa, dudan en avanzar un paso más; pero á dos palmos, en el aterciopelado musgo entre un claro de la verde y brillante hierba asoma el rojo ropaje de una fresa silvestre enviándolas su embriagador perfume cual una invitación á cogerla. La tentación es un poco fuerte y con una última mirada á la puerta del jardín por si alguien viene y otra entre sí como jurándose silencio eterno, se lanzan sobre la fresa y desde aquel momento ora es una mariposa ó un capullito ó un gusano ó una mora que las atrae. Ellas han hecho su composición de lugar; llenarán sus delantalitos blancos de fresas y flores, adornarán sus grandes sombreros de paja con hojas de roble y volverán á casita ántes de que mamá advierta la

escapatoria; pero entretenidas con el sin fin de encantos que la pródiga naturaleza vierte en la tierra en la estación primaveral, olvidan casa y familia y no piensan más que en jugar y respirar el puro ambiente de aquellos encantadores lugares.

¡Y qué son ellas mismas sino dos florecillas más en el vasto y delicioso campo!

El cuadro comienza á adquirir vivo colorido con el canto de las cigarras, el gorjeo de los pajaritos, el melodioso trino del ruiseñor, el murmullo del arroyo y las infantiles palabras de las niñas, mezclado todo por el viento que agita fuertemente las altas copas de los árboles que dan fresca y profunda sombra tan necesaria en días caniculares. Panorama encantador que hace olvidar al que lo disfruta que tras la exuberancia de vida aquella, está la muerte, está la guerra!

Las niñas han penetrado resueltamente en lo más intrincado del bosque, y sentándose para descansar y tomar aliento á fin de proseguir en su correría, se hallan en un pliegue del terrerito cubierto por espeso matorral y defendido por los troncos de los árboles que impiden que la vista distinga aquella plazoleta sembrada de musgo y florecillas, y por la cual corre un hilo de agua hasta perderse al pié del robledal en cuyo punto adquiere ya la categoría de riachuelo.

Cecilita, la mayor, comienza á llenar de musgo su delantalito, mientras que Rosita, muerta de sed, bebe con avidez en el hueco de la mano, y ninguna se acuerda en aquel instante de la reprimenda que la espera á su vuelta, ni del sobresalto en que esará su madre al echarlas de ménos; discurriendo únicamente en lo grata que es la libertad.



Allá, á lo léjos, del lado de la espesura en que más se confunde la vista, algunas sombras avanzan con precaucion, desliziéndose de árbol en árbol. Un ojo experto hubiera reconocido en seguida la boina facciosa y el brillar de los fusiles fraticidas. Caminan silenciosos, inquieta la mirada, alerta el oido, fijando la vista con tenaz persistencia en el lugar abrupto tras del que se ocultan los dos angelitos.

El cabecilla que manda aquella pequeña partida, compuesta de una veintena de hombres, ha tenido noticia de que por aquellos lugares andan las avanzadas del ejército.

Es en aquel bosque donde le han dicho que se ocultan, y escudri-

ña todos los rincones, sin dejar seto ni espino, y á cada paso se le figura distinguirlos.

De pronto los veinte fusiles, como por sacudida, apuntan á un mismo tiempo al robledal, en el que han visto moverse algo... momentos de horrible ansiedad.

—¡Fuego! grita el cabecilla, y cuando extinguido el eco de la detonacion y disipado el denso humo de la descarga, obtienen respuesta y permanece el bosque silencioso y el matorral sin movimiento, avanza el jefe con prudencia revólver en mano y se entera de que ha enviado dos ángeles al cielo. Arrodillada en un charco de sangre y en actitud de recoger musgo, cuyo delantal tiene casi lleno, está la niña mayor con la cabeza inclinada sobre el hombro atravesada de dos balas. La otra, caída de espaldas, acribillada de heridas, bañada en su propia sangre, que corre enturbiando el riachuelo, las rubias guedejas y el vestido adornada con florecillas silvestres que la servirán en su fúnebre mortaja de símbolo de virginidad, ambas con la sonrisa de la inocencia en los labios.

El cabecilla, hombre de corazon, no pudo contener las lágrimas, y cayó arrodillado ante las desgraciadas víctimas, prorumpiendo:

—¡Maldita sea la guerra!

ALFREDO DE LAFFITTE.

